

campo como un gran remedio a los males sociales. Todos están conformes en la necesidad que hay de descentralizar las grandes ciudades a las que consideran como focos de ruina, moral y física. Yo compararía una gran ciudad con una campana neumática colosal, en la que constantemente se hiciera el vacío y que estuviera en comunicación por medio de tubos (ferrocarriles, ríos, canales, etc.), con las pequeñas poblaciones y los campos. Todo lo susceptible de pasar por los tubos va a caer como hondazo a la gran campana, con peligro de aplastarse y animado de una fuerza viva igual a la masa por el cuadrado de la velocidad, según la fórmula matemática. Es decir, el porrazo que sufre una persona al caer en la gran campana, es tanto más fuerte cuanto más dinero lleva en los bolsillos. Buenos Aires, es, para nuestro país, la gran campana neumática donde van a caer y disolverse tantos ahorros de provincia, sin más provecho positivo, muchas veces, que el gusto, más o menos duradero, de unas cuentas comidas en la rotisserie.

Diremos, volviendo a nuestro tema, que el campo no embrutece a nadie que no tenga vocación para bruto; al contrario, es el gran ambiente para el estudio y el pensamiento tranquilo. Si alguien se considera embrutecido por el campo, la culpa es de él, o es que siempre ha sido bruto, y pretexto quieren las cosas; que ninguna estadística del mundo ha probado que en el campo abunden más los brutos que en las ciudades: es más cuestión de traje que de otra cosa, pues en las ciudades también hay avestruces; que en el campo nadie se muere de hambre ni gasta lo que no tiene; que del campo salen las tres cuartas partes de la renta pública y que en el campo entran... los cobradores de impuestos; que, si el campo no enriquece, está muy lejos de empobrecer. ¿Qué el campo quema y ennegrece? Perfectamente, es lo que recomiendan todos los higienistas del mundo.

Generalmente la verdad no se halla en los extremos: creo que una dosis compuesta de dos partes de campo y una de ciudad es altamente provechosa para todo el que la ingiera.

MARTIN GIL



MEDITACIÓN 5ª. (*)

El "nacionalismo" no es el "imperialismo", ni éste una evolución forzosa de aquél.—Hay pueblos imperialistas que no han pasado por el "nacionalismo", y pueblos "nacionalistas" en migos del "imperialismo".—El imperialismo considerado como una *paranoia colectiva* incompatible con el ideal argentino.

El "nacionalismo", según vengo exponiéndolo, es un sistema de ideas que puede perfectamente ser practicado en la conducta privada; pero es también un sistema de moral cívica, inherente a los partidos políticos, según lo veremos en otras "meditaciones". De aquí proviene que en cualquier bandería sobre cuestiones "internacionales", se le confunda con el "imperialismo", ya sea para estimular en su nombre el instintivo orgulloso militar, yacente en el corazón de todos los pueblos, o ya para atacarlo en nombre del internacionalismo pacifista, como si fuese aquella una doctrina belicosa. *Demostrar que el nacionalismo es diferente del imperialismo, y que éste no es una consecuencia necesaria de aquél, importa servir al verdadero nacionalismo argentino, en cuanto es la nuestra una doctrina de civilización y de paz.*

Y aquí necesitamos, lector atento, retomar el hilo de una pasada "meditación", en aquel punto donde comparé la conciencia del "yo individual" a la conciencia del "yo colectivo". Tal vez se objete que esa analogía no es sino una figura de expresión, como las metáforas de la ciencia "spenceriana" que los discípulos de Spencer adoptan literalmente. No me detendré, sin embargo, a demostrar la verdad "científica" de esa idea: me basta utilizarla como simple figura, pues me sirve para esclarecer del todo los conceptos que aspiro a sugerir con estas "meditaciones", que no son dogmáticas, ni dan "ideas hechas", sino elementos para que el lector por si mismo las elabore. La convicción que así le nazca—personal, espontánea, fecunda,—será más persuasiva que la transmitida de afuera por imposición verbal o acatamiento gregario.

Por eso digo:—La conciencia normal de nuestra "personalidad" se parece a la conciencia *normal* de nuestra "nacionalidad", y el "nacionalismo" no es sino el ejercicio de esa personalidad colectiva; pero el "imperialismo" es una forma *anormal* de esa conciencia colectiva, cuyos caracteres corresponden a ciertas exaltaciones de la personalidad paranoica.

(*) Veáanse las «Meditaciones» anteriores, en los números 6, 7, 8 y 9 de LA NOTA. (N de .a D.)